

Discurso de aceptación

20 de junio de 2023

Thomas Adès, galardonado en la categoría de *Música y Ópera (XV edición)*

Me asombra estar hoy ante ustedes: me pregunto cómo ocurrió, ¿qué pasos son los que me han traído hasta aquí? No recuerdo mis primeros pasos ni mis primeras notas al piano, sentado junto a mi padre. Él me dice ahora que en cuanto aprendí de él algunas melodías, lo eché sin más del taburete del piano.

Lo que sí recuerdo fue sentir que los sonidos encerraban algo para mí —unos jardines, una edificación...—, para que yo fuera en su busca, y que los deberes, y también la televisión, me tenían demasiado ocupado como para encontrar ese lugar secreto.

Pero un día algo cambió, todo cambió. Estaba en el sofá de nuestro cuarto de juegos, viendo la tele con mi hermano; probablemente lleváramos allí más de una hora. Tenía la vaga sensación de estar perdiendo el tiempo sin hacer nada de lo que era capaz, y de pronto sentí un aleteo. ¿Estaba enfermo, me estaba dando un infarto? Corrí a decirle a mi madre que me pasaba algo en el corazón (no me pasaba nada). Más de diez años después volvió a sucederme en medio de la composición de mi pieza orquestal *Asyla*. Fui al hospital y allí me hablaron de los ataques de pánico.

Ya antes de aquello intuía que esa sensación se debía a un obstáculo, como un nudo que se atravesaba en mi camino y que solo podría eliminar desatándolo. Era una maraña de sonidos tan densa que estaban todos los sonidos a la vez. No tardé en descubrir que eran piezas musicales a la espera de que yo las desenredara.

Empecé a desenmarañarlas creando piezas musicales. Comprobé, entonces, que también los demás sentían su música al oírlas, y que podían afectarles tanto como a mí. Al mismo tiempo descubrí el poder de la música —grande

como la naturaleza, el mayor de todos los poderes—, un poder que encontré de repente en la música del pasado, en Beethoven, Sibelius, Janáček, Stravinski, Messiaen o Kate Bush.

Descubrí que componer, que era necesario para mi supervivencia física, como yo creía, también podía darme acceso a ese poder. A partir de entonces, mi único propósito en la vida fue hacer todo lo posible para liberar ese poder y sacarlo al mundo.

¿Pero cómo? Tocaba obsesivamente piezas de los maestros del pasado, para aprender sus secretos. Y aprendí que aunque los tiempos cambian, los problemas son los mismos.

En mi trabajo, he evitado por instinto las ideologías; desconfío de callejones teóricos sin salida. Si he ampliado fronteras, como sugiere con tanta generosidad este premio, ha sido a consecuencia de actividades que me son necesarias para sobrevivir. He seguido (con más o menos dificultad) mis inclinaciones, ignorando las voces que impusieran lo que la música debía o no debía ser, según su criterio.

Me complace especialmente que este reconocimiento venga de España, tierra de exploradores, país de visionarios. Bilbao fue, casualmente, el primer lugar de la Tierra que vi fuera de Gran Bretaña, mi isla natal. La visión de este lugar, este horizonte, aun siendo tan diferente de la ciudad de hoy, fue una inspiración para el chico que iba en la proa de aquel ferry en 1976. Desde entonces, el arte y la cultura españoles a menudo me ha servido de inspiración, desde la influencia de la música española y su cultura tradicional en *Living Toys*, pasando por los conquistadores en *América: una profecía*, hasta la película de Luis Buñuel *El ángel exterminador* en la que basé mi tercera ópera.

Mi madre, Dawn Adès, es experta en surrealismo, por eso crecí con Dalí y Buñuel, y para mí las paradojas de la obra de Buñuel forman parte de la vida. Buñuel decía que *El ángel exterminador* era su “perla negra”. Miembros de la alta sociedad atrapados en una casa sin razón alguna... Es un filosófico relato especular de cajas chinas, un delicioso reto para un compositor, de los que te obligan a cavar muy hondo: ¿por qué un personaje hace o canta lo que sea?

Así, Buñuel, esta gran figura de la cultura española —vetado en España durante muchos años— me ha impulsado, en mi afán por alejar ese ataque al corazón que nunca deja de amenazarme, a encontrar una “América” musical propia —un Nuevo Mundo— guiado por mi naturaleza, pero también por algo que va más allá de mí mismo.

Estoy agradecido a esa misteriosa fuerza, a la libertad, pero también a la compulsión que me ha dado, y a la Fundación BBVA por facilitarme seguir con mi andadura.